

Relatos espontáneos

Simona Soppelsa

RELATOS ESPONTÁNEOS



SIMONA SOPPELSA

Capítulo 1

Flores de narciso

Aún tengo esa impresión de los pasillos llenos de espejos de la casa de mi amiga, lo que me dan ganas de golpear al aire. Mi brazo está herido por los cortes de sus espejos mediocres. Solo tengo recuerdos borrosos como un lago debido a los saltos de las ranas. Esta vez, la bebida me afectó más de lo esperado.

La noche está sola. Calles vacías, silencio absoluto y la única luz que ilumina las calles es la plata luna. Mi único acompañante es una fina brisa. Me siento mejor, me levanto y empiezo a caminar con mi acompañante. A cada paso, fragmentos de recuerdos salen de mi cabeza.

No sé de quién me enamoré: la he idealizado tanto que no pude ver las torturas que sufría por conseguir entrar en el corazón de mi amiga. Tenía tantas evidencias en mis manos que simplemente las tiré en la basura y las sustituí con excusas de su manipulación.

Comenzó siendo una simple cita, una pijamada en su casa. Nuestro objetivo era cocinar un plato que nos propusieron unos amigos, llamado "spanakopita". Yo estaba muy emocionado, tanto que me arreglé y compré un regalo para esa noche especial. No puedo mentir: también estaba muy nervioso, porque era mi primera cita.

Cuando abrió la puerta, se puso muy feliz por el obsequio: un ramo de sus flores favoritas. Entré a su casa, que era un pequeño apartamento. Me sorprendió al ver la cantidad de espejos que cubrían todas las paredes del apartamento. Los espejos eran de todo tipo: grandes, pequeños, con marcos elegantes. Era inusual, y sinceramente, el asombro duró unos instantes.

Después de haber visto su casa, empezamos a preparar la cena. Fue todo un caos, ya que no éramos unos grandes cocineros, pero con nuestras risas y la música del fondo, valió la pena cocinar. Había algo que me molestaba: eran algunas frases de la chica, menospreciándome por mi poco talento en cocina, pero no les di importancia, porque ella me decía que eran bromas.

Por sorpresa, el pastel salado típico de Grecia nos salió rico y la noche pasó volando por las tantas conversaciones que tuvimos. Aunque no soy un gran fanático del alcohol, bebí varias copas de vino para acompañarla. Esos ojos, esa mirada... ¡cómo me ponían nervioso al verlos!

Todo iba bien, pero poco a poco, ella cambiaba su comportamiento por uno más egocéntrico. Sus conversaciones se volvieron cansinas, por qué

estaban centradas en ella y sus éxitos, lo cual me alegraba, aunque empezaba a ser excesivo. Con el tiempo, la charla fue perdiendo su encanto, así que lancé un comentario, que no recuerdo, para cambiar el rumbo de la conversación. Al escuchar mi comentario, su tono se tornó más molesto.

Ella empezó a soltar frases que me dejaban en ridículo, con un tono burlesco. Al escuchar todas esas palabras, mis sentimientos de amor se transformaron en tristeza. Le pregunté con un tono apagado de la necesidad de esas burlas, pero todo fue a peor.

Sus defensas consistían en sólo humillar mi persona, denigrar de una forma violenta y sin sentido. Parece que ella quiere estar por encima de todo y que yo debería estar debajo de ella, de rodillas, besando sus pies. Y por mucho tiempo, había estado tragando sus maldades.

¡No aguantaba más! Mi corazón no es de piedra que podría aguantar esas palabras duras, itengo un corazón igual que los demás! Cada momento que pasaba con ella, era un corte más a mi sensible órgano. Harto de los comentarios que se volvían cortes, me rebelé hacia ella, para demostrar mi sensibilidad dañada.

Poco a poco, el tono de nuestras voces se iban levantando y acabamos discutiendo. Ella cogió el espejo más cercano, y sin pensarlo dos veces, me lo tiró. Me defendí levantando mi brazo derecho. Cuando pienso en ello, mi brazo herido manchado de sangre seca empieza a temblar. Y lo último que oigo entre estos recuerdos, es un portazo acompañado con un murmullo.

Todo fue un caos. Solo quería una bonita cita, ¡ahora estoy entre las calles, volviendo a casa, triste y sin alma como un vagabundo! Mis amigos ya me advirtieron que no aceptara esa cita, que ella solo destruiría mi corazón, pero estaba bajo ese efecto tan bello, que me volví ciego para no ver las maldades de esa chica. Ojalá les hubiera hecho caso...

Ahora me doy cuenta de que yo era Eco y ella sigue siendo Narciso con sus flores favoritas: los narcisos.

Capítulo 2

Marumito

Por fin, mi padre me regaló su colección de libros "Marumito" en mi cumpleaños. Es un honor tener las obras originales del propio autor en mis humildes manos. Brillan como la noctiluca, esas chispas que por las noches el mar expone.

Las palabras de estos libros cuentan los mitos y leyendas de diferentes lugares del mundo: los clásicos de siempre, que se encuentran en Europa (Grecia y Roma), los de África (Egipto), los de la cultura asiática (China y Japón) y los míticos de Latinoamérica.

La palabra "mar" viene de la admiración por el autor de esa masa con un sabor salado, y "mito" está relacionado con la mitología. En esos libros se desarrollan más las temáticas marinas: las peligrosas sirenas y el poderoso dios Poseidón, que se encuentra en Grecia, el océano primordial llamado Nun del Egipto, el dragón marino Ryūjin de la cultura japonesa, la diosa que protegía los pescadores y marineros Matsu de la tradición china, o de la hermosa mujer con cabellera rubia con el nombre Pincoya, cuya leyenda se rumorea al sur de Chile.

El autor adoraba esas aguas, una de las tantas razones era por sus colores azulados y verdosos, por eso se casó con una mujer hermosa con unos ojos enormes con los colores del océano, que tristemente se fue de nuestras vidas.

El viejo escritor tenía tanta admiración por el mar, que cuando decidió terminar su vida, lo hizo acompañado con esas aguas, ahogándose hasta las profundidades de ellas. No puedo imaginar ese dolor que él sentía por la pérdida de su esposa, pero puedo imaginar que vivía constantemente con sentimientos de agonía, desesperación y dolor. La mayor parte del día se la pasaba con Soledad, contando sus penas y arrepentimientos de su vida. Esas aguas del planeta Tierra, guiaron al pobre anciano a un lugar mejor.

Sinceramente, yo también tengo ese asombro por el mar, porque me hacen recordar a mis queridos abuelos, desde allí viene mi cariño a esa colección. Cuando era muy pequeña, cogía los libros y me escondía para intentar leerlos, y mi padre siempre me descubría. Me acuerdo de sus risas cuando me encontraba, y siempre decía: "aún no, pequeña mía. Cuando seas mayor, serán tuyos, así tendrás un recuerdo de él y del profundo mar. Los preciosos manuscritos de tu abuelo, que narran mil y una aventuras, serán tuyos".

Ahora, estoy delante del mar, que hoy suelta ondas pacíficas y tranquilas. Estoy sentada sobre una gran roca , donde la brisa me relaja. Tengo el primer libro de la colección. Por fin, después de tanto tiempo, puedo leer lo que escribió mi estimado abuelo.

Capítulo 3

La taquilla de Daelia

- ¿En serio? ¿Te vas a quejar de eso? ¡Qué insoportable eres! - Crítica Alan, cruzando los brazos y poniendo los pies sobre la mesa.

- ¿Insoportable? ¿Yo? Si eres tú que no has hecho una mi.... Que no has hecho nada. - responde Celia enojada. Sacude un poco su pelo ondulado y respira hondo. - Parecía tu madre, escribiendo todo el tiempo para que hicieras algo en el proyecto. ¿Y tú qué hiciste? ¡Nada, solo ignorarme!

- Celia tiene razón, - Comenta Jacob, un poco irritado.- No podemos repetir esta historia, Alan. Estamos en bachillerato, no en primaria. Te tienes que poner las pilas, no podemos hacer todo el trabajo por ti.

- La discusión se escucha en toda el aula, hasta que Jacob habla de nuevo. El resto de compañeros ya están acostumbrados, es algo cotidiano cuando hay trabajos en grupo y no está la profesora de biología.

- Bueno... mejor nos calmamos, ¿sí? - Jacob arregla su pelo castaño claro mientras habla. - Alan, ¿sabes que vas a tener que hablar más en la presentación, no?

- Lo sé perfectamente. Pero prefiero que Celia no me interrumpa cuando hable en medio de la presentación solo porque "me he explicado mal". - Alan mira a la chica, hablando con voz burlesca, intentando imitar la voz de ella.

- Mejor que empieces a relajarte, o estás jodido. - Gruñe a Celia, mirándole fijamente.

- Esta vez tiene razón Alan. - Dice Jacob, intentando encontrar las palabras correctas para no hacerla enfadar aún más.- Venga Celia, no le respondas así, sois amigos. ¿Por qué te pones así?

- Celia mira a Jacob, y reflexiona sobre la situación. Segundos después, respira hondo y le da un abrazo a Alan, pidiendo disculpas. Alan lo acepta encantado, y pide disculpas también.

El trío está organizando la presentación de su trabajo, que trata sobre qué pasa con un cuerpo humano después de fallecer. El aula ahora está en silencio. Un olor extraño viene desde una de las esquinas, pero los estudiantes no le dan importancia.

Llega la profesora. Camina rápido y sus pasos se escuchan por toda la

sala. Sus manos tiemblan y su respiración es rápida y pesada.

- Alumnos, ¿Alguien sabe algo de Daelia? - Pregunta la adulta, con los ojos abiertos como platos.

La sala se inunda de susurros de los estudiantes, y algunos niegan con la cabeza. La profesora, desesperada, se va de la sala con paso rápido. Los tres chicos se quedan un poco atónitos.

- ¿Quién era Daelia? O sea, me suena, pero no me acuerdo de ella. - Pregunta Alan, con una sonrisa un poco forzada, sin entender nada.

- Es esa chica antipática que nadie de la clase soporta. - Contesta el otro chico. - La que crea polémicas porque sí.

- Ahh, ¿Esa con la que me peleé la otra vez porque le corregí sin querer e intentó darme una patada en mi zona sagrada?

- Exactamente.

- Oye, em... ¿Es realmente tan mala?- Pregunta la chica, curiosa, a lo que los otros la miran sorprendida.

- ¡Pues claro! Solo crea problemas porque quiere atención, incluso si no le has hecho nada. - Replica Alan, exagerando sus movimientos.

- Por eso toda la clase la odia tanto. Cada compañero de nuestra clase puede contar una historia sobre ella. Por ejemplo: - Continúa Jacob, indicando hacia el compañero de cabello corto negro al fondo de la clase, con una cara redonda como una pelota.- A él le empezó a insultar solo porque chocó con ella en educación física.

- No solo hay este caso, sino más, y aún más graves. Daelia, en medio de clase de castellano, le agarró del cabello a una chica porque le pidió que hiciera menos ruido con el bolígrafo. O también intentó tirar unas tijeras a otro compañero, pero no sé el motivo de ello. Y hay aún más casos... Si hablamos de todos, no habrá un fin. - Explica Alan.

- Vaya... qué chica tan amistosa.- Comenta irónicamente Celia, riendo de su propio comentario. Los chicos la miran seriamente.

- Lo que me sorprende es que tiene dos amigos, Elba y Lauro. No sé cómo la soporta, pero parecen que son muy unidos.- Comenta Alan, encogiendo los hombros. Dirige la mirada hacia Lauro, que está leyendo unos papeles. - Pero creo que Lauro y Daelia se han peleado. No sé él porqué, pero parece que es un tema un tanto grave.

- Vaya, pero... ¿No os parece muy raro? - Exige Celia.

- ¿El qué? - Cuestiona Alan, mirándola fijamente.

- Daelia no viene a clase desde hace dos días. Además, ¿habéis visto el comportamiento de la profesora? Hay algo que no me cuadra. - Cuenta la chica, poniendo la mano debajo de la barbilla.

- ¿Pero no está enferma? - Interpela Jacob.- No sé... eso es lo que he escuchado.

Poco a poco, el olor siempre más fuerte, anega la sala. Los alumnos empiezan a quejarse, e intentan descubrir de dónde viene ese mal olor.

- Chicos, eso no es normal... Algo malo está pasando. - Alarma Jacob.

- Ya... el olor viene desde la taquilla de Daelia...- Balbucea Alan, indicando hacia la esquina, donde está el casillero vacío.

Celia se levanta, y va hacia donde hay mal olor. Todos la miran, y los susurros de algunos compañeros se hacen más fuertes.

- ¿Qué haces tonta?- Grita Alan, se levanta y la persigue.

- ¿Qué crees? ¿Bailar alrededor de esa cosa? No seas estúpido. - Enerva Celia, exagerando sus movimientos. - Veamos qué hay allí adentro que huele así.

Celia está delante de la casilla de Daelia, y detrás de ella está Alan, inquieto. La chica abre poco a poco la taquilla, y el olor empieza a ser más desagradable. Celia, al abrir la puerta del todo, se queda completamente inmóvil por unos segundos.

- ¿Da-Daelia...? - Tartamudea la chica, sudando.

Delante de Celia, la cabeza cortada de Daelia. Su piel clara se volvió más pálida, con unos cortes alrededor de su cara. Su cabello perdió el brillo de hace tiempo, la boca está más congelada que el frío que reflejan sus ojos, junto con mucho dolor. El olor putrefacto venía de allí: de la compañera más odiada del salón.

Los compañeros se acercaron con curiosidad, y en pocos segundos vieron a su compañera decapitada, empiezan a entrar en pánico. Algunos gritan, otros corren para buscar a un adulto. Elba, al ver a Daelia muerta, comienza a temblar y lleva las manos a su cara. Mientras tanto, Lauro, se queda petrificado.

Daelia estuvo todo el tiempo con sus compañeros, solo que escondida para que no hubiera conflictos.

Los policías están en el edificio. Todos dan su testimonio a los expertos, y están desesperados. El director ha decidido que todos los alumnos se vayan a casa, ya que aún no sabe si van a continuar las clases o no. El trío de amigos está ya fuera de la escuela, caminando hacia sus casas.

- Vaya... hemos abierto la caja de Pandora. Pero... ¿Quién pudo ser? -
Cuestiona Celia.

- ¿Quién? ¿El asesino? - Pregunta Alan. - No sé, pero todos en nuestra clase son sospechosos, ya que odiaban a Daelia y algunos tenían sus razones para matarla.

- Es verdad...- Responde Jacob secamente, mirando directamente a Alan.

- Jacob, ¿no estarás pensando que yo soy el asesino por haber discutido con ella, no?

- Todos somos sospechosos, amigo mío.

El grupo se mira entre sí, sospechando de cada diminuta acción que hacen. Antes de que pudieran volver a discutir, los chicos ven a Elba, caminando fluidamente y con una enorme sonrisa en la cara.

Capítulo 4

Barreras de un pequeño escritor

¿Sabéis? Estamos en un mundo donde todo va muy, pero muy rápido, lo cual me afecta bastante, tristemente. Pero hoy, justo ahora, quiero cambiar algo. Quiero estar más tranquila, ir más despacio como una tortuga, disfrutando de las pequeñas cosas, como escuchar las risas de mis amigos, deleitarme con ese postre que endulza el momento o volver a escribir las historias que tengo en mi cabeza. Quiero sentir la armonía en mi interior, que el corazón me agradezca por no correr tanto, para que él descanse un poquito.

Justo ahora, mi deseo es bailar con el mismísimo tiempo. Con pasos pausados, para no pisarnos. Deseo sentir esa alegría otra vez, olvidar todo lo que tenía que hacer para obtener un simple comentario positivo de las personas de mi alrededor. Quiero escuchar la palabra "libertad", no solo cuando se acerca el fin de semana, sino todo el tiempo, para no rendirme una y otra vez. Y que mis pensamientos sean más melódicos (y no más ruidosos) para ver el mundo donde vivo de forma más colorida.

Últimamente, he estado estancada como escritora. Bueno, una adolescente que escribe, tampoco exageramos. No sé porqué, pero una fuerza me detenía en seguir escribiendo. Como unas manos que me cogían para que no siguieran avanzando. El tiempo y yo nos hemos abandonado, preocupándonos menos por escribir. Poco a poco se me olvidaban mis sueños, como si olvidara quien soy. Escribir esto, es un logro para mí. Hacía tiempo que no escribía sobre un tema que tenía guardado en mi interior desde hace tiempo. Pero, ¿cuáles son los motivos por los que he parado de escribir?

¿Puede ser por desmotivación?

Tal vez, ¿quién sabe? -

¿Pocas ganas de escribir?

Quizás puede ser un motivo. -

¿Falta de inspiración?

Puede ser eso. -

¿Por miedo a la exhibición?

¡No expongáis este pensamiento! -

Esos son algunos de los enemigos de los escritores. Tantos motivos pueden ser, que me hipnotizo pensando demasiado y no puedo escribir ni una sola palabra en esa hoja en blanco.

Eso parece un círculo vicioso, pero yo lo quiero romper. Así podré evitar que mis pensamientos sigan girando en mi cabeza. Quiero que mi imaginación florezca, como una flor delicada que quiere demostrar su belleza. Quiero que este relato sea un ramo, pero, en vez de flores, que sea un ramo de palabras, para enseñar su encanto.

Así que: me voy al campo a buscar nuevas flores para mi relato, para que mi hoja insulsa termine siendo una hoja con una historia para explicar al público (sin miedo, claro, o si no... ¿quién lo leerá?).

Capítulo 5

"Fusión"

"«Aunque luches, malvado», dijo,
«no, aun así, escaparás. Así, dioses, lo ordenéis, y a él
ningún día de mí, ni a mí separe de él»"

Ovidio, *Las metamorfosis*

- ¿Me ha llamado, jefa? - Pregunto, mientras entro en el almacén.

- Si Hermán, pase.

Camino hacia ella, mientras mi dedo índice rasca mi pulgar. Es la primera vez que entro a este sitio, y es bastante asfixiante por la gran cantidad de comida que hay. Últimamente, están viniendo muchos clientes al restaurante, y la comida se agota más rápido. No hay mucha luz, y la puerta está cubierta de hojas con unas largas listas de pedidos.

No sé porqué se ha solicitado este encuentro. Llevo semanas trabajando aquí, simplemente soy un chico novato en el mundo del trabajo. Es la primera vez que trabajo como camarero, puede ser que haya hecho algo mal y ella me lo quiere corregir. Espero que no me despida como al otro camarero, necesito este trabajo para seguir con mi vida independiente.

He escuchado algunos rumores sobre Salma, la jefa del local. Dicen que es una mujer un poco extraña y muy cariñosa con los trabajadores. Aún me pregunto la causa del despido del camarero... Parecía que hacía un buen trabajo. Cuando mencioné este tema, mis compañeros se quedaron en silencio. No querían hablar de ello, simplemente me advirtieron que nunca debía quedarme sola con ella. No me dijeron el motivo de la advertencia.

- ¿Pasó algo grave, jefa?

- No, nada grave. Solo te quería comentar un par de cosas.- Me responde Salma. Poco a poco se me acerca más.- Veo que eres un buen camarero: siempre atiendes con simpatía y con una gran sonrisa a los clientes.

- Oh, muchas gracias. Hago lo mejor para que se sientan a gusto.

- Se nota. También veo que eres muy amable con la gente: siempre ayudas y haces favores a tus compañeros. ¡Qué buena persona eres!

- Cada vez se acerca más a mí, y pone su mano sobre mi hombro. Hay algo en esta situación que me transmite malas vibras, como si algo desagradable estuviera por pasar. Le agradezco de nuevo, e intento encontrar una excusa para salir.

- ¿Era solo eso lo que querías comentar? - Le pregunto. Ella niega con la cabeza, y se dirige a la puerta del almacén, toma una hoja del montón y la deja caer. Escucho un suave "click", pero no sé de dónde proviene.

- Me gustaría pedirte un favor. Pero antes de eso: ¿alguien te ha dicho que hoy estás muy guapo?

Se pone detrás de mí y comienza a masajearme. Se me pone la piel de gallina. Quiero salir de aquí, no me siento nada cómodo. Le niego con la cabeza, e intento caminar hacia la salida, pero ella me lo impide.

- ¿Por qué tanta prisa, joven? Aún no es tu turno para trabajar. Encima, aún no te he dicho cuál es el favor que me tienes que hacer. Espera, ¿me ayudarás, verdad? ¿No me dejarás tirada, cierto? - Insinúa ella. Siento cómo el sudor cae por mi frente. Mis manos empiezan a temblar y no sé cómo detenerlas.

- Claro... ¿Cuál es el favor?

- ¡Sabía que podía contar contigo! - Exclama ella.- Estoy muy estresada por el trabajo, ¿sabes? Tantas cosas que he de hacer y organizar, que no me da tiempo de relajarme un poco.

- Vaya... entiendo. ¿Quieres que me encargue de algún trabajo tuyo? Así podrás descansar más.

- Ay... qué amable eres. Gracias, pero no hace falta. Solo te quería pedir otra cosita, guapo.

Me empieza a acariciar mi pecho, y poco a poco baja las manos. Mi corazón no sabe lo que está pasando, pero cada vez late más rápido. Mis manos tiemblan tanto que ya no las puedo controlar.

- Esto.- La jefa agarra mis genitales con agresividad. No puedo reaccionar: estoy congelado. Mi cerebro se bloquea por unos segundos. Ella no para de darme besos y mordiscos a mi cuello lleno de sudor.

Cuando ella baja mis pantalones, la empujo. Por fin puedo reaccionar. No puedo controlar mi respiración. La miro aterrorizado. Subo mis pantalones

con rapidez.

- ¿Por qué me empujaste? ¿Acaso no querías ayudarme? - gritó ella, furiosa.- Pensaba que eras amable, que me podía fiar de ti. Pero no es así... Eres un arrogante que solo piensa en sí mismo. Además, tienes que admitir que te ha gustado cuando te lo agarré. Mira cómo está tu amiguito.

Ella me lo señala. Sus palabras resonaron en mi cabeza. Intento analizar la situación, pero no puedo. No sé en qué pensar. ¿Realmente soy un arrogante? Pero... si ella invadió mi privacidad y tocó donde no debía tocar. Aunque... me he empalmado. Sin embargo, no estoy así por puro placer. No quiero tener nada íntimo con ella: sólo quiero trabajar y que ella me diga lo que tengo que hacer.

- Me has decepcionado. Creo que debería despedirte.

- ¿Qué...?

- Sí, como lo has escuchado. No me has hecho el favor, eres un arrogante. Creo que si actuarías de la misma manera con los clientes, dañaría la reputación del restaurante.

Estoy alucinando. Pero, así antes me había dicho todo lo contrario! No lo entiendo, no entiendo nada.

- Jefa, por favor, no. Sabes que necesito este trabajo.- Le ruego desesperadamente.

- Sí, lo sé. Sé que necesitas este trabajo; la vida de un estudiante independiente es bastante dura. Pero, me has demostrado comportamientos inadecuados, y no quiero tener una mala imagen por tu culpa. Te tendría que despedir, a menos que... si me obedeces, puedo reflexionar un poco sobre ello.

Mi corazón está desesperado. Ya entendí las advertencias de mis compañeros: ¿ellos también viven estos momentos...? ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer? No... no puedo perder este puesto de trabajo. No puedo, es lo único que tengo para ganarme la vida. Este puesto tiene una buena paga, no como los otros. Aparte, ¿quién quería un novato como trabajador? No tengo suficiente experiencia para que la gente me contrate. Y aún he de pagar el alquiler...

- De acuerdo, te obedeceré...- Tomé la decisión final, con una voz temblorosa.

- Muy bien, has tomado la mejor decisión. Sabes que a mí me sabe fatal despedir a trabajadores como tú. - Dice la jefa, con una sonrisa. - Sabes,

eres muy tierno cuando eres complaciente. Pero... ya basta de rodeos.
¿Nos fusionamos?

No puedo abrir la boca: mi voz no puede manifestarse. Mis ojos están llorosos. Ella empieza a quitarme la ropa. No quiero, no quiero eso. Pero... es eso y sobrevivir bien, o vivir otro infierno. Nadie me podría ayudar, solo estaría yo. Solamente lo he de aceptar.

Capítulo 6

"Él"

- *"¡Hola Samuel! Solo te quería comentar que esta noche en mi casa se hará una noche de terror. Vendrán también Olga y Martín. Cocinaremos panellets, veremos "It", y no sé si iremos a desenterrar a un muerto. Está bien, pero con las bromas. Me gustaría que vinieras. Desde hace mucho tiempo que no sales de casa... Espero que aceptes el plan."*

Se termina de reproducir el audio de Marta. No me apetece salir, mucho menos estar con la gente. Prefiero quedarme en casa. No quiero arruinar su noche por culpa mía. No tiene sentido estar con ellos, no quieren estar a mi lado.

Aparte, tengo miedo. "Él" me está siguiendo. ¡Lo puedo sentir! Me persigue, me quiere torturar. Solamente lo puedo ver en los espejos. Ese chico alto, demacrado, con pelo sucio y con esa mirada melancólica, me aterrera. No puedo entrar en mi baño: allí tengo un espejo, y él me está esperando.

Esta noche será cómo las demás. Me comeré unos fideos instantáneos y miraré al vacío. No me apetece ordenar la casa, tirar la basura o lavar los platos. Es mucho trabajo para mí. Ya ni me apetece ducharme o lavarme los dientes. Tengo todas las heces en una bolsa por culpa de él. Todo es su culpa.

- "Samuel..." - Escucho un susurro.

¿Quién eres? Viene del baño...

- "Samuel... ¿Por qué haces esto? ¿Por qué me ignoras? Entra en el baño..."

No, no quiero. Tengo miedo.

- "Por favor. Entra. Date cuenta."

¿Darme cuenta de qué?

Me acerco a la puerta. La miro. Los susurros se hacen más agudos.

- "Entra, entra, entra..."

No lo quiero hacer, pero no puedo seguir así. Quiero vivir con calma. Abro la puerta poco a poco, y entro. Tengo los ojos cerrados. Estoy delante del

espejo.

- "¿En serio qué tienes miedo de ti mismo"?